



Maurice Durozier, actor del Théâtre du Soleil.

Seis Años¹

Maurice Durozier

Actor, director

enfrentar a un jaguar al acecho, uno era irresistiblemente aspirado desde las regiones más abruptas del instinto. El teatro es el instante, un abismo de instante; el actor es funámbulo, suspendido en tu mirada, el menor paso en falso era imposible. ¡Ya está! Claro, yo te quería y no es una razón para exaltarse de esa manera. Bien, cálmate corazón mío, empezamos por el debut.

Hall del Teatro du Soleil, 1983

Llego adelantado, durante la temporada de Ricardo II o de Noche de Reyes de Shakespeare, entro en el Hall, el aire todavía está fresco. Veo a un Indio en ropa de danza, que está barriendo.

–¡Bonjour!

–¡Hola!

–¡Hablas español!

–Sí, soy chileno, me llamo Andrés.

–¡Chileno! ¿Y qué estás haciendo?

+Estoy limpiando, acabo de hablar con Ariane* y me dijo que si yo quería, podía quedarme.

(Lo que sigue del diálogo ciertamente es un invento, pero es lo más cercano a lo que sucedió).

–Sería mejor que echaras un poco de agua.

–¿Agua?

–Para el polvo... lo que pasa es que los actores de la compañía mantenemos un debate fuerte en este momento; están los que piensan que es mejor echar agua y los que están en contra porque dicen que no sirve para nada. ¿Qué crees tú?

–¡Que al polvo volveremos!...

Inmediatamente, somos amigos. Tú todavía tienes tus largos cabellos negros, azulados. En la tarde, nosotros actuamos Ricardo II y tú ya eres un guardia negro². Estarás ahí en todas las funciones, escuchando el texto. Frecuentemente, durante nuestras fogosas entradas a escena ataviados como samurais, los personajes que giran la cabeza ven al Indio, agazapado contra una pasarela; y, dentro de su razonamiento arcaico de guerreros, piensan: ¿qué hace aquí este Indio? ¿Por qué no está en el camarín o en el bar, descansando con los otros guardias negros?

No, tú estás ahí, Andrés, y has descubierto la mejor manera de aprender francés. Durante cuatro horas, todas las tardes, no te pierdes una palabra de

1. Traducción desde el francés de Rodrigo Canales y María de la Luz Hurtado.

2. Guardia negro: servidor de escenario en el teatro nô y kabuki.



Andrés Pérez como bufón del rey en Ricardo II. Théâtre du Soleil, dirección de Ariane Mnouchkine, 1984.

la incendiaria lengua de Shakespeare traducida por la mismísima Ariane*. Engulles cada expresión, cada inflexión, y, con una rapidez impensada, después de algunos meses ya eres bilingüe. Sin saberlo, tal vez sin siquiera buscarlo, te preparas a realizar grandes cosas sobre este escenario.

Ricardo II: Acto I, escena III

Escena del duelo. ¡Ay, Dios de mi alma! ¿Pero qué es lo que pasa? Andrés, tú haces tu entrada, centelleante, en la arena. Tú reemplazas a pie leve a uno de los dos bufones. Extraordinario. Mismo gesto, misma agilidad, mismas reacciones de entusiasmo del público.

Nosotros, que habíamos trabajado duramente durante dos años para encontrar una forma, una gestualidad precisa, tenemos un nuevo compañero inquieto que lo había visto todo, lo

había integrado todo y que, habiendo ensayado al máximo una mañana con Ariane, se comporta, en medio de ese nido de avispas de los nobles de la corte, como un pez en el agua. Desde ese día, es un hecho que no eres extranjero y la troupe de el Soleil se hace más y más cosmopolita.

En diciembre de 1985, el Théâtre du Soleil recibe el gran premio nacional del teatro. Este premio corona veinte años de creación desde La cuisine a La historia terrible pero inacabada de Nordom Sihanuk, rey de Camboya. Es un momento crítico en Francia, momento en el cual comienza a resurgir el Frente Nacional, (corriente de extrema derecha). El problema de los refugiados y del racismo reaparece. Recibiendo el premio de las manos de Jack Lang, Ministro de Cultura, Ariane dice: *Francesas, francesas, armenios, turcos, argentinos, brasileños, guatemaltecos, algerinos, indios, alemanes, suizos, camboyanas, camboyanos, españoles, belgas, chilenos... Eso, hoy en día, es el Théâtre du Soleil, una compañía "francesa".*

Sala de ensayo: 1984/85

En la Cartoucherie, en el bosque de Vincennes, vivimos en mundos donde el tiempo parece no tener ningún apuro. Sólo pasa. Ahí, devolvemos los personajes de Shakespeare a las estrellas, no nos pertenecen más. Esas criaturas se han liberado de la envoltura terrestre de nuestros cuerpos. Así es el teatro, unas imágenes quedan en la mente de los espectadores, unas palabras, ¿quién sabe lo que queda del teatro? ¿Dónde está tu bufón, Andrés, y el Rey Ricardo II, y Mowbray, Northumberland? Quizás están examinando la tierra, esperando su momento para volver a lanzarse al interior de otros actores. Nosotros, actores, estamos ensayando un nuevo espectáculo y nuestro primer trabajo es limpiar el lugar, deshacernos de ellos y encontrarnos otra vez delante de nosotros mismos.

Trabajamos una obra-río, La historia terrible pero inacabada de



Georges Bigot como Ricardo II en la obra de William Shakespeare. Dirección: Ariane Mnouchkine, Théâtre du Soleil, 1984.

*Ariane Mnouchkine, Hélène Cixous, Georges Bigot.

Norodom Sihanuk, rey de Camboya, una verdadera maratón sobre la tragedia de un pequeño país, Camboya. La compañía es magnífica, Hélène* escribió dos tercios del texto. Habíamos pasado tres años bajo la escuela de Shakespeare para comprender cómo relatar nuestro mundo. Ariane está feliz, concentrada, entusiasmada, la Cartoucherie es una colmena, y no nos damos cuenta de lo que estamos creando.

Tú, Andrés, dentro de este espectáculo, haces explosión. Los personajes te caen encima como moscas. Ahí estás, como Kieu San Phan, implacable y glacial líder Khmer rojo; después, como embajador de Camboya

en París, bufón transpirado y engraido. En este personaje, eres el arquetipo de la corrupción y de las bajezas de los funcionarios tropicales, dispuestos a todo para permanecer serviles y bien vistos por el poder. Y no es todo; hay un mensajero que asignar, un soldado que viene a relatar una derrota; y tú lo intentas. Estás sabiendo, en tu apetito inmenso por comprender todas las facetas del juego del actor, que es en estos personajes, en estos mensajeros de segundo plano, donde reside una parte del secreto. Tal vez, porque son para los grandes, los héroes, un espejo del modo en que el pueblo los ve y sufre por la locura de sus actos. En breve, tú entras como pequeño mensajero y todos quedamos petrificados, con un nudo en la garganta. A través de ese soldado asiático manco, ebrio, destruido, a través de esa voz y ese cuerpo desmembrado, surge todo



el dolor de Chile, la tragedia de las dictaduras. Ese día, y en todas las funciones que siguen, a cada entrada de tu mensajero todo se detenía, público, actores, todos suspendidos, y en el grano rugoso y frágil de tu voz transformada en la de un borracho, veremos el campo de batalla, los muertos, los heridos, la sangre. Y tú, pasando de la

risa a las lágrimas, titubeando, tú serás la tragedia.

Podíamos creer que tú te detendrías ahí, pero no, en un espectáculo, cuando se tiene la gracia, es sin fin. Un día se produjo un milagro. Vimos llegar a Chou en Lai, pero tuvimos la impresión de verlo sólo

en carne y huesos. ¿Cómo hiciste para parecértele así? Evidentemente, por tu fuerza interior. Tú encarnas a Chou en Lai con una elegancia infinita en un momento de su vida en que está perdiendo su poder. El no puede hacer nada por su amigo Sihanuk ni por Camboya. Una tristeza inconmensurable se desprende de esta escena que tú apenas murmuras, y nos ayuda a comprender lo que hay en lo más lejano, China, y en lo más violento, el sacrificio de un amigo.

En La terrible historia de Norodom Sihanuk, rey de Camboya, durante las ocho horas y media (sin contar los entreactos) que dura el espectáculo cuando se representa completa, con las transformaciones en rápidos cambios, tú solo, con todos estos personajes, pasas por todos los estilos, las edades y los registros del Teatro. Y no hacía dos años,

tú llegabas a Francia, sin saber una palabra de francés.

La Bellevilloise, Rue ed Ménilmontant 86

Y a pesar de nuestro ritmo insensato de funciones, encontramos el modo con Georges*, los tres, de hacer un taller intensivo de danza contemporánea con nuestros amigos del grupo Lolita. Entonces, de nueve a catorce horas, danza, y después, enfilábamos al teatro para preparar la comida del público, el training, el maquillaje y el espectáculo. Y ahí, descubro que tú eres también un bailarín. Me acuerdo de una de tus improvisaciones. Disfrazado de mujer, de una manera repetitiva completamente estilizada, te sacabas y ponías los zapatos de tacón. En este ciclo de gestos, mezcla de humor y de emoción, esta vez el magnetismo opera por la sola elegancia de tus movimientos. A partir de ese momento, en nuestro interior, se instala entre Georges, tú y yo, una forma de complicidad corporal. Por las noches, tenemos una escena juntos, Sihanuk, Pennout y el Embajador de Camboya en París, y no actuamos sino bailamos la escena, muy sutilmente, pero la bailamos... Evidentemente, esto no escapa al ojo afilado de Ariane que nos espera al final de la función: *¡Pero qué es lo que fabricaron ustedes tres en esa escena... mañana reensayamos a las 10 de la mañana!* Y nuestros sueños coreográficos se han disipado.

Café Saint Jean: Place des Abbesses

El Saint Jean es nuestro cuartel general; de partida, sirven ahí el mejor café del barrio y está situado a

una calle de mi casa y encima del taller donde tú vives. Tarde, muy tarde, agotamos las conversaciones sobre el Théâtre du Soleil y, después de un largo silencio, tú hablas de tu país, de tus amigos, tu compañía. Ahí abajo, evocas con tal apego a los compañeros que trabajan contigo. Nada más que con tu manera de pronunciar el nombre de las actrices, yo caía fulminado de amor. El problema es que no sabía a cuál elegir. Me hablas de Andresito, tu hijo, que viene pronto a visitarte. Y también me cuentas del Sur de Chile, de donde tú vienes, el Sur, que para nosotros parece ser el Norte. Y me cuentas de tu pueblo y los terremotos y la dictadura. Andrés, a menudo, recaes en el silencio de tu secreto, quizás eso es tu profunda parte india. En esa época, yo no com-

prendía tus brucas zambullidas en ti mismo. Pero tú no vas a dormir en la noche, tienes necesidad de estar con ellos, con los tuyos, con la tierra que te habita y te reclama. Vuelvo a mi casa, tropezando como en una canción de Rubén Blades y sobre todo, no quiero ver que un día u otro, como un *gavilán* que regresa hacia la cordillera, un día, te alejarás de nuestra vista.

Bosque de Vincennes: mañana de invierno, 87

Los ensayos de *L'Indiade* empezarán pronto. Cuando salimos del metro, el bosque está bajo la nieve. Tú propones atravesar a pie hasta la Cartoucherie. Caminamos entre los árboles en el silencio blanco, jugando

como niños, como actores (que es lo mismo). Enemigos imaginarios nos persiguen. Carreras en la nieve inmaculada, imitación de variados ruidos de explosiones. Alcanzado por una ráfaga, caigo, tú regresas, te inclinas y yo te digo: *Continúa, no puedes hacer nada más por mí, sálvate*. Y tú: *De acuerdo*. Y te largas a correr, estallando de risa. Como siempre, tu humor inesperado, rápido, repentino, salvador.

Andrés, una explosión de risa sobre la página blanca de la nieve es sin duda la imagen más luminosa que quiero guardar de ti.

"L'Indiade" o la India de sus sueños

Con Ariane y Hélène, seguimos la pista de un teatro que cuenta la his-

L'Indiade de Hélène Cixous. Dirección: Ariane Mnouchkine. Théâtre du Soleil, Francia, 1987. En la foto: Andrés Pérez interpretando a Gandhi.





Ariane Mnouchkine y Andrés Pérez en el Centro Cultural Estación Mapocho, Santiago de Chile.

toria de hoy día. La nueva creación será la lucha de los *freedom's fighters*, la lucha por la independencia de India, pero sobre todo, de la partición entre India y Pakistán. Ese es, en el fondo, el gran tema del Théâtre du Soleil, la lucha fratricida, la fractura interior. En esa época trágica y verdadera, tienes el cargo de encarnar a Mahatma Gandhi. Aquí, otra vez, el parecido es perturbador. Ayunas, pierdes al menos diez kilos para interpretar el papel. Pero tengo la impresión que ese personaje te devora, te consume en tu interior. Te vas, tú no eres el mismo; no lo sé, quizás para interpretar a este hombre santo, debías, tú mismo, rezar secretamente a lo largo del día por la paz del mundo. Cuando vengo hacia ti, en los camarines, un día, me miras y me citas una frase de Gandhi: *La verdad es dura como el diamante y frágil como la flor*. A veces, es peligroso el teatro, te debates en no sé cuál abismo. Sobre el escenario tú deslumbras, y en la vida, te aíslas, es muy misterioso. Tendré pronto una parte de la explicación...

Después de encendidas discusiones en la compañía, en la primavera del 88, aceptamos la invitación de presentar *L'Indiade* en Israel. Al mismo tiempo, acogimos a la compañía palestina Al Hakawati en el Théâtre du Soleil. Lo que vivimos en Israel es muy intenso, la situación política es muy tirante y la obra, *L'Indiade*, es un espejo de lo que pasa entre esos dos pueblos hermanos, con toda la complejidad de los problemas religiosos, su explotación política y las muchas masacres pasadas, presentes y por venir. Las voces de Gandhi, de Nehru se elevan cada noche en Jaffa, el puerto más viejo del Mediterráneo, para intentar detener la locura de los hombres y, al mismo tiempo, eso ocurre a unos pocos kilómetros de allí.

Una tarde de descanso, nos invitan en una casa a escuchar a un músico, libanés. El violinista toca unos *Gazhals*, que son sin duda la música más dolorosa y pura, legada por los andaluces a sus hermanos de Oriente. Al final de un *Gazhal*, me vuelvo hacia ti, veo por primera vez tus ojos inundados de lágrimas, me dices: los

amo a todos. Y de repente me doy cuenta, Andrés, tú has decidido marcharte, regresar a Chile. *Compadre, Hermano*, seis años han pasado, seis años a tu lado, seis años de sueño, de poesía y de inocencia. Seis años pasados en alimentar el fuego de las nuevas emociones en este cuadro mágico, seis años de un teatro que es más que teatro, es una manera de ser. Me quedo callado, comprendo tu refugio, tu mutismo de los últimos meses, la pérdida de tu alegría, tu decisión maduraba, finalmente la tomaste. Andrés, debes seguir tu camino, sin nosotros, tus amigos, aquellos que tú amas. Vuelves a Chile, te esperan allá. El violinista entona un nuevo *Gazhal*, el arco de la luna ha aprisionado una estrella, mi corazón admite lo inconcebible, te vas. El Teatro nos ha reunido y ya nos va a separar. Me viene a la mente la frase de Nehru en la obra: *Mi alma es un campo de batalla donde los pensamientos no emergen sino al precio de una matanza de deseos*.

Hoy, pienso en una otra canción que canta Mercedes Sosa, *El árbol del olvido*. Creo que es una vidalita, vida, vidalita, tan corta como una canción. El olvido, perdóname *compadre*, he olvidado tantas cosas de ti, tantos momentos, entradas, escenas, miradas, fiestas, palabras, revueltas, cariño, tantas cosas perdidas que significan mucho, que pertenecen al mundo de los sueños donde nos encontramos.

Andrés, escribo este relato como me nace, para ti, te hablo.

Sé bien que ya no estás, y sin embargo, te hablo, te hablo en mí mismo, porque vives en mí. ●